

Denise Lira-Ratinoff y el Tiempo

Toda su vida Denise Lira-Ratinoff ha corrido contra las manecillas del reloj, con una extraordinaria y poética lucidez respecto al inefable paso del tiempo y a la devastación progresiva que va dejando tras de sí en lo que es la pasión de su vida: la naturaleza. Ciertamente, un tiempo que no es el Tiempo de las antiguas mitologías del eterno retornoⁱ, en que todo era circular, y origen y comienzo se fundían en un cósmico final destinado a recomenzar una y otra vez. No. Esta vez se trata de un tiempo creado por los hombres, un tiempo que pretende ser controlado por máquinas, computadores, industrias, y que requiere de combustibles y de cientos de elementos destinados a satisfacer al ser humano de hoy, pero condenando el mañana de la especie.

Por eso, "Cronómetro"ⁱⁱ es una obra total a la que sus pasos la conducían, en forma inexorable, casi como a una fatalidad, o, por el contrario, a una epifanía; pues la artista, a la par de mostrar el daño y las fauces de la sombra, ilumina, registrando instantes, paisajes sublimes, que nos recuerdan cuan bello es nuestro planeta y cuánto ya hemos perdido y seguimos perdiendo, año a año, mes a mes, hora a hora, segundo a segundo. Así, "Cronómetro" es una obra que constituye una declaración —de amor y de dolor, dos sentimientos que suelen ir juntos—, una tesis y una imprecación directa al público más universal que pueda existir. Incluye desde niños hasta adultos mayores, personas venidas del Polo Sur hasta el Polo Norte, de los seis continentes y sus cinco océanos, de los que antaño eran siete mares y hoy son cientos de cuerpos de agua repartidos por el mundo, y de todas sus cordilleras, desiertos, montañas y poblados...

Por estas razones y otras, el Círculo de Críticos de Arte de Chile destacó en la categoría "Exposición Nuevos Medios", la muestra "Cronómetro", como la mejor del año 2019. De esta experiencia brotaría otra instalación de *site specific*, "Umbral", que fue parte de la Bienal de Artes Mediales, en el Museo Nacional de Bellas Artes, a fines de 2019. Aquí, recurre a elementos similares: imágenes de un mar en movimiento proyectadas sobre una inmensa caja de sal de 9 x 5 metros, y bramidos de ballenas interrumpidos por los molestos ruidos de resonancias magnéticas realizadas a delfines. Estos exámenes se les practican para diagnosticar

el daño que les produce la contaminación acústica en el océano. En medio de un conmocionado estallido social, al cual la obra "Umbral" se incorpora, la voz de la artista se suma al canto de los cetáceos, para implorar por un mundo con más ética y sentido.

De las moradas vegetales hasta las aguas australes

Denise Lira-Ratinoff comenzó su trayectoria instalativaⁱⁱⁱ creando inusitadas construcciones con fardos de paja, luego de boldo y luego de pasto en pleno descampado, cual primarias moradas vegetales que invitaban a habitar una Tierra viva y de un verde vibrante. Posteriormente, partió a vivir a Nueva York y regresó para ir a sumergirse en el corazón helado de los glaciares agonizantes de la Patagonia chilena, esculturas de hielo cinceladas por manos celestes, que año a año, mes a mes, hora a hora, segundo a segundo, se van derritiendo, anquilosando, muriendo. Prosiguió capturando las aguas más cristalinas y tormentosas del planeta, navegando océanos y mares en toda clase de enseres flotantes, desde las más sofisticadas embarcaciones, hasta bergantines de paso; incluso con arneses, colgando del cielo, donde le hicieron brotar alas para ofrendarnos a nosotros, sus espectadores, los planos más espectaculares de olas y remolinos irrepetibles, o simplemente de una sutil brisa que pinceló un oleaje tan tenue como geométricamente perfecto y casi blanquecino, al ras de esa agua salada.

En realidad, cada obra suya es irrepetible, porque plasma, no "el instante decisivo" de Henri Cartier-Bresson, sino un instante único. Y efímero. Condenado a la desaparición, y a la destrucción, por aquellos mismos ojos que contemplan esa belleza detenida en su obra, y no hacen nada por remediar lo que está sucediendo en nuestro planeta. Porque, como ella no se cansa de gritarlo, contra viento y marea: "esta devastación se puede detener, depende de nosotros salvar la Tierra". Y ella, a esta causa, se ha entregado íntegramente, en salud y enfermedad, pues ha vivido por años habitada por un Astrocitoma en el centro de su maravilloso cerebro, el que a veces le ha hecho no muy buenas jugadas, pero le ha permitido una conexión incomparable con el firmamento y sus astros, tal como su nombre lo indica^{iv}. Además, ha afinado a un grado extremo su conciencia, los sentidos y la valoración del Tiempo, que se nos escurre a todos como agua entre los dedos, pero

ella la mira de frente esa agua y la retrata, intentando detenerla con todas sus fuerzas.

Ciertamente, ella está comprometida en forma visceral y desesperada con esta causa, su amor hacia la naturaleza no conoce límites ni fronteras, y a ella le ha entregado todo su Tiempo, como si fuéramos infinitos, sabiendo que no lo somos. Es la manera en que ella ha entregado su corazón, siempre, a quienes la rodean, y a su arte. Su corazón y su mente centelleante.

Arenas y culturas milenarias

Tras hielos y aguas, decidió concluir en el desierto su trilogía de fotografía sobre naturaleza extrema^v. Este rudo pero conmovedor y prístino paisaje devolvió a su vida el alma, tras la prematura partida de su marido, de la cual logró sanarse caminando jornadas completas por el altiplano y cumpliendo con su cometido artístico. Años más tarde, aquí encontraría también a su nuevo compañero de viaje, con quien comparte hogar, vocación y causa.

Cientos de días y cientos de noches consecutivas en el desierto, una y otra vez, le fueron enseñando el lenguaje y la luz de Atacama, en el otro extremo del país, en el norte de Chile, y fue descubriendo sus texturas, las infinitas variedades de cada tonalidad de cielo, nube, llareta^{vi} o partícula de roca. Estos solitarios páramos, plenos de vacíos y silencios que ella supo llenar, descubriendo cómo el vendaval milenario dibuja surcos en los cerros de arena que parecen obras de arte, le valieron un importante reconocimiento internacional^{vii}.

Al poco tiempo, se hizo una amiga, una anciana pastora, Leonarda Colque, con quien vivió intensos momentos durante las largas veranadas, con las llamas, cabras y burros en las estepas altiplánicas. Juntas siguieron las rutas señalada por las apachetas^{viii}, durmiendo en refugios de piedra al calor de los animales, creando lazos invaluable a lo largo de todo un año, y la artista conservando registros de una cultura preciosa que también se está extinguiendo ante nuestros ojos^{ix}.

Ascendió asimismo las cumbres de Atacama, todas cargadas de simbología y leyendas, para desentrañar sus misterios, el color de su magma detenido en erupciones volcánicas de Tiempos inmemoriales, pues en el desierto el ayer y el

hoy se confunden en la linealidad del horizonte. Y, sin embargo, el desierto también está desapareciendo, conquistado por empresas mineras o químicas; y sus delgados cursos de agua, que creaban oasis y luego salvaban de la asfixia a poblados y valles, a su flora y su fauna, se secan. Se secan cada año, cada mes, cada día, cada hora, cada segundo, un poco más. Muchos flamencos, aves y estrellas de estas latitudes, aparecen muertos, en riberas de cursos hoy solamente pedregosos.

No duerme Denise. En especial cuando trabaja, cuando está en terreno. "No hay Tiempo —esgrime—, no queda tiempo". Cada imagen que ha plasmado ya no existe. Y ella vuelva a clamar y a gritar por esta naturaleza que va perdiendo su voz.

Entonces, ella volvió a hacer fardos, esta vez con toneladas de envases plásticos aplastados, de esos que, la mar de veces, terminan en las aguas de los océanos, justamente, y son tragados por cetáceos y peces de gran tamaño, y una vez que se fragmentan, en miles de aves y peces más pequeños. Asimismo, a través de esta cadena alimenticia, vuelven a nuestros propios organismos. Hoy todos tenemos plástico en nuestro interior; todos somos plástico.

Estos fardos de botellas trituradas, a los cuales se suman cientos de residuos sólidos de plástico^x, ella los apila unos sobre otros, para construir un túnel, que es el hilo conductor de la obra "Cronómetro". Es un pasadizo, oscuro y largo, al cual uno ingresa caminando descalzo^{xi} sobre una lámina de espejo, en la que se refleja el caminante solitario. A medida que uno se va internando, el hombre, la mujer o el niño se va sintiendo cada vez más oprimido y desolado. Y se va perdiendo nuevamente la noción del tiempo, pues estamos otra vez en un Tiempo fuera del tiempo, en el que este ser humano que hoy es responsable de haber creado un tiempo ajeno al Tiempo, puede presenciar o experimentar cómo el paso de los años, meses, días, horas y segundos conllevan hoy consecuencias irreversibles para la naturaleza. Ella nos las muestra. Nos hace caminar a oscuras hasta un acantilado, por donde se espera llegar a un precipicio de destrucción, abismo y silencio eternos, en el cual habrán de sucumbir todos los mares, estrellas y montañas. Todo eso se viene a la cabeza mientras uno trata de que la vista se acostumbre a la oscuridad, y los pulmones al aliento que despide el plástico, a ese hedor a química pura, mientras seguimos avanzando, a tientas, por un laberinto de desechos de

envases de líquidos y sólidos que nos hemos comido y bebido. Como si fuéramos dueños de todo lo que nos rodea, y eso lo sabe bien ella, que nos refrenda que aquel viejo dicho ya no tiene sentido, porque lo comido y lo bebido hoy sí nos lo pueden quitar, es más, estamos privando de ello a las generaciones venideras, que no podrán disfrutar del más preciado regalo de la Creación: la naturaleza, la fuente de vida. Es más, ella parece mostrarnos cómo estamos empujando a esas nuevas generaciones a ese precipicio de destrucción, abismo y silencio eternos...

Sin embargo, el túnel de Denise no nos lleva allí, sino, por el contrario, a una postal del Edén, al Paraíso de Dante y sus nueve cielos; el primero, plasmado en esa forma lunar, que es la que toma la impactante imagen de un témpano fotografiado desde su faz resplandeciente detenida en el Tiempo. Es decir, un fragmento del firmamento de hielos, que ella congela en esa imagen para nosotros, para detener el tiempo y tal vez recordarnos que hubo un Tiempo que fue hermoso y fuimos libres de verdad. Y guardábamos todos nuestros sueños en castillos de cristal; los que se han ido desvaneciendo, porque este tiempo fuera del Tiempo que construyó el hombre no obedece sino a la inconsistencia de un mundo basado en el lucro instantáneo, un mundo cuyos valores también se derritieron, se hicieron agua.

Y por eso "Cronómetro" finalmente nos conduce al mar, a un acantilado que ruge bajo nuestros pies, trona y sacude los cimientos de nuestra humanidad, en un video coproducido por Denise Lira-Ratinoff y Patricio Aguilar Díaz^{xii}. Un mar que aúlla como un animal herido, desorientado y atemorizado. Como muchas de las ballenas que visitan nuestras costas, hoy confundidas por tanto ruido submarino, producto de barcos de turismo o pesca, sonares, salmoneras; sonidos que Denise reproduce para nosotros, para hacernos sentir en carne viva aquella contaminación acústica que perturba y a veces enloquece a los pobladores de nuestros mares.

Han ocurrido episodios espeluznantes recientemente, a causa de ésta y/o de otras poluciones de las aguas, como la mortandad masiva de especies en diversos puntos del planeta, y una, particularmente triste en el bien llamado Golfo de Penas, donde más de 300 ballenas sei murieron en 2015, sin una causa aparente. En esas soledades australes, bajo un universal firmamento, esas almas inocentes penan sobre nuestras conciencias. Denise trajo también para nosotros sus cantos, grabados por equipos multinacionales de biólogos marinos y otros científicos^{xiii}

empeñados en descifrar el misterio de sus melodías. ¿Serán cantos de amor, de enajenación, o de (des)esperanza?

Finalmente, Denise Lira-Ratinoff nos lleva a una playa que creó con dos mil kilos de sal que acarreó con su apasionado equipo de trabajo, porque ella es un alma que sabe multiplicarse en muchas otras cuando debe construir su obra y su mensaje. Es tan hermosa su playa de sal blanca, sobre la cual, desde el techo de esta sala baja del Museo de Artes Visuales, proyecta imágenes de olas de nuestro Pacífico central, tan plácido, simple y pulcro, que pareciera que a fin de cuentas no es tan difícil crear belleza. En vez de abismo. Mas, estas imágenes son a veces interrumpidas por otras, por grabaciones de las denominadas "mallas raschel"^{xiv} que también han contaminado visualmente nuestros paisajes. Molesta la proyección de la malla, pero luego reaparece el mar, y por un rato se olvida, sí, todo puede olvidarse, por un momento es casi mejor olvidarlo, pero Denise no nos deja. No para abrumarnos, sino para refrendarnos: no es tan difícil crear belleza, en vez de abismo. Es lo que ella sí ha logrado, a fuerza de correr contra el tiempo, de cantar y plasmar lo que la Madre Naturaleza nos ha dado. El Tiempo es un río, concluye ella, citando al artista estadounidense Paul Teck (1933-1988). Para el pueblo atacameño, la Vía Láctea es un "río de Almas", que han debido cruzar todos nuestros antepasados^{xv}, desde aquella época en que el Tiempo era aún circular.

Marilú Ortiz de Rozas

Doctora en Letras, Universidad de la Sorbonne-Nouvelle

Miembro de la sección chilena de la Asociación Internacional de Críticos de Arte.

NOTAS:

ⁱ Cf. Mircea Eliade, "El mito del eterno retorno".

ⁱⁱ Nombre de la exposición instalativa de Denise Lira-Ratinoff (Santiago, 1977), junto a Patricio Aguilar Díaz (Molina, 1961), realizada en el Museo de Artes Visuales de Santiago, MAVI, del 5 de enero al 10 de febrero de 2019.

ⁱⁱⁱ Antes de esta fase, que inicia a fines de los noventa, ella se dedicó al grabado, la pintura y el dibujo. Se formó en Chile (Universidad Finis Terrae), prosiguió en San Miguel de Allende, México (1995/6), en Cuba (1996/7), donde trabajó un año en el Taller de litografía de la Catedral, también llamado Taller Experimental de Gráfica de La Habana, invitada por el artista cubano Manuel Mendive; luego en Estados Unidos.

^{iv} El Astrocitoma fue descubierto en 1997, y los dibujos, grabados y pinturas de Denise Lira-Ratinoff curiosamente, anunciaron el problema de salud que estaba por manifestarse, confirmando la conexión especial que logran ciertos artistas con aquello "que es invisible a nuestros ojos", como diría Antoine de Saint-Exupéry.

^v Casi una década dedicó a la creación de esta trilogía, desde 2007 a 2017, aproximadamente. Incluye fotografías y registros en video.

^{vi} Arbusto nativo de las regiones altiplánicas, cuya apariencia es similar al musgo.

^{vii} Obtuvo una mención honrosa en el 9° Annual International Color Awards, entre más de 5 mil participantes del mundo entero, entre numerosos otros reconocimientos y distinciones.

^{viii} Una apacheta es un montículo de piedras que los pueblos originarios de los Andes del Sur colocan una sobre la otra, como ofrenda a la Pachamama, a sus antepasados, o a otras deidades, en puntos cruciales de los caminos.

^{ix} Pasó un año junto a Leonarda Colque, y la trajo a Santiago, la primera visita suya a la capital. "Juntas vivimos muchas experiencias nuevas, tanto para ella como para mí", dice Denise.

^x Provistos por TriCiclo, empresa que persigue un cambio cultural a través del reciclaje.

^{xi} Uno debe sacarse los zapatos para calzar unas fundas especiales en los pies, para entrar con el debido respeto a la obra.

^{xii} Este video, que se aprecia a través de un vidrio en el suelo del túnel, debajo del espectador, muestra una vista cenital del Océano Pacífico, que evoca la fosa de las Marianas, la más profunda del planeta, y pareciera como si una cascada de residuos sólidos fuera cayendo al mar.

^{xiii} De Fundación MERI.

^{xiv} Se utilizan principalmente en la agricultura; la malla raschel se produce con polietileno de alta densidad, que protege las plantaciones de los rayos ultravioleta.

^{xv} Estudio realizado en el marco de un proyecto de investigación etnoastronómica llevado a cabo por el Observatorio ALMA y expertos locales: "El universo de nuestros Abuelos".